

Anamaría Trillo

Amaneció de nuevo Madrid



PLAYA DE ÁKABA

Narrativa

Primera edición: abril, 2015

© Anamaría Trillo, 2015

© de esta edición: Playa de Ákaba, S.L.

Diseño de cubierta: © Enerio Polanco

Fotografía de cubierta: © Ayuntamiento de Madrid. Museo de Historia

Maquetación: Åsa Arnewi

ISBN: 978-84-16216-50-5

Depósito Legal: M-7246-2015

ISBN Epub: 978-84-16216-51-2

www.playadeakaba.com

playadeakaba@gmail.com

*A Juan
A mis hijos*

*A Noemí y todas las mujeres
que, como margaritas, luchan cada día por amanecer*

«Esta ciudad no se aplaca con fuego,
este laurel con rencor no se tala.

Este rosal sin ventura, este espliego
júbilo exhala.

(...)

Sólo te nutre tu vívida esencia.

Duermes al borde del hoyo y la espada.

Eres mi casa, Madrid: mi existencia,
¡qué atravesada!»

Madrid, Miguel Hernández

Primera parte

Amanece en algún lugar. Es pleno campo. Es tal el frío que asola el páramo que ni los gallos hoy cumplirían su cometido si no fuera por esa extraña fuerza que les impele sin saber por qué a abrir los ojos y entonar su lastimero canto.

El gris se lleva por delante todo intento de la luz por brillar. Ni las nubes se atreven a moverse sobre aquella tierra desabrida. Es un día como otro cualquiera. Lo único destacable es que es lunes. Es 8 de enero de 1945.

En una vieja cocina, en un áspero hogar, al amparo de la leña, una mujer remueve con brío un perolillo de leche donde la espuma toma la superficie del líquido que pronto se tornará de color café y se poblará de pan.

Sentado frente a la mesa, su marido parece perdido en sus pensamientos. Algo se cuece al otro lado de su mirada. Ella sabe lo que es, pero prefiere no volver a hablar del asunto. Su hijo hace rato que salió para la huerta. «Mejor así», piensa. No puede estar allí cuando la niña atraviese el pasillo, llegue a la sala y desperece sus miembros, mientras se restriega los ojos pegados de sueño.

El humo vuela por la chimenea y cruza el cielo aún oscuro cuando el gallo trata de no sonar demasiado patético en su corral. El frío parece que inmoviliza el tiempo, que hiela el aire. No hay más ruido que el gallo cuando consigue romper su garganta y la cuchara tocando el tazón frente al hombre que no quiere ni mirar a su hija cuando entra a la cocina. El frío detiene aquel momento, congela la imagen que nunca más se volverá a repetir y el hombre hunde la mirada en la leche. No sabe qué decir.

Margarita era espigada y algo fea. Tenía las piernas francamente flacas, lo que marcaba aún más sus huesudas rodillas y le daba cierto aspecto desgarbado de cigüeña famélica. El intenso color terroso de su piel la asemejaba a un animalejo silvestre del campo donde, bajo muchas horas de sol, habían sucedido sus días.

El pasado verano, la señora Pepa, su madre, había acabado definitivamente con lo poco que le quedaba de niñez al cortarle las dos trenzas por debajo de las orejas y, ahora que habían empezado a crecer, tanto ella como su cabello se habían vuelto algo toscos e indisciplinados.

Para desesperación de su madre, sus manos eran demasiado recias para una jovencita y estaban embrutecidas por las labores del campo. Por más que la señorita Amelia había intentado domesticarlas en la escuela, eran bastas para el bordado y poco virtuosas para casi toda labor delicada. Sus puntadas eran irregulares, demasiado flojas o demasiado apretadas, minúsculas o enormes, y su ganchillo era impaciente y deforme. La señora Pepa decía que observando la labor de una joven se puede decir a ciencia cierta cómo es su carácter, y con su hija, desde luego, aquella aseveración se cumplía a pies juntillas.

El semblante de Margarita era serio y algo antipático debido a su silencio tímido, quizás obstinado. Su madre decía que era demasiado «sosaina» y que tenía que espabilar, pero que mucho, en esta vida. La señora Pepa solía decir tantas cosas...

Margarita sabía sonreír y hay que decir que, cuando sonreía, parecía que brillaba el mismo sol en sus labios y perlaban cientos de estrellas sus grandes ojos marrones, pero eso pasaba muy de cuando en cuando. Margarita tenía pocos motivos para dejar volar la risa. La señora Pepa achacaba el humor de su hija a sus niñerías y todo por no admitir que era ella la que ya había olvidado hacía mucho tiempo lo que era sonreír, y en esta vida, ya se sabe: todo se pega menos la hermosura.

Viendo que el invierno estaba siendo terriblemente crudo y la familia sufriría las consecuencias de tanta helada con cosechas ruinosas, y sin saber muy bien qué destino esperaba a su hija, la señora

Pepa buscó la manera de que Margarita se ganara el pan lejos del escardado, la siega y la trilla que llegarían con la primavera. Con las manos de su marido, las de Antoñito —hermano mayor de Margarita— y las suyas propias tendrían suficiente para todos los ingratos trabajos del campo y aun así, serían demasiadas las tres bocas que de tanto trabajo y tan poco producto deberían alimentarse.

Con idénticas palabras se convenció a sí misma de su decisión y contuvo todas las reticencias de su marido y su hijo varón, que albergaban en sus corazones la más dulce ternura hacia la niña Margarita, que si bien era ruda y tozuda, también era de corazón noble y generoso. Ningún argumento hizo que la señora Pepa cambiara de opinión, ni hubo manera humana de chantajear a su corazón. Había tomado la decisión por el bien de la niña y no había más que hablar.

Así pues, no sin una bien disimulada congoja, con las primeras luces perezosas de aquel lunes de principios de enero, gélido y gris, la señora Pepa sacó a su hija de casa prácticamente a empujones. Tenía catorce años y todo cuanto poseía: una muda, un camisón, un desgastado catecismo, un rosario y un peine de concha cabían ampliamente dentro de la pequeña y vieja maleta que su madre le había legado en aquel momento crucial en su vida.

Margarita volvió la cabeza atrás obstinada y, a través del quicio de la puerta, observó por última vez a su padre sentado a la mesa en la cocina que, con la vista fija en el tazón de leche donde se empapaban grandes sopas de pan, hacía lo posible por evitar verla marchar. Ni siquiera le dijo adiós, seguro que era porque volverían a verse pronto, pensó la niña con inocencia. Miró con ansiedad de nuevo hacia el interior de su casa, como si quisiera grabar a fuego en su memoria aquella vieja cocina, la lumbre, el puchero, la matanza —muy escasa aquel año— que engalanaba los techos, el almiraz, el viejo escaño heredado de la abuela... De pronto sintió miedo. Si su cabeza se empeñaba en no olvidar aquella escena era porque quizás temía no volver a verla jamás. Su padre removió la leche sin decir una palabra. La cucharilla tocaba a muerto en el tazón y Antonio no aparecía por ningún sitio. Se enfadaría seguro si se iba sin despedirse de él.

Margarita se resistía como podía, pero su madre no parecía percatarse de su angustia. ¿Adónde la llevaban? La señora Pepa tiró fuertemente de su delgado brazo y de una vez por todas la apartó de su hogar, llevándosela como a una chiquilla enrabiada, casi a rastras. Sin decir media palabra, su madre la llevó a la plaza y, a pesar de sus insistentes preguntas y comedidas protestas, no obtuvo consuelo a su desazón. Era tal el respeto debido a su progenitora, que Margarita vertió cientos de lágrimas, pero no osó en ningún momento contrariar la voluntad de su madre y claro estaba, la de su padre, que no había movido una mano por evitar lo que parecía su destierro. Sintió tanta impotencia, que le ardían los hilos por donde le corrían abundantes las lágrimas sobre las mejillas heladas.

Minutos después entró en la plaza aquel mismo autobús cargado de bultos hasta el techo que cientos de veces había visto ir y venir, y en el que nunca pensó que subiría. Un rayo de lucidez la fulminó. La llevaban lejos de su hogar. Mesó su cabello con los dedos temblorosos y se preguntó qué ofensa habría sido merecedora de tal castigo, qué habría movido a sus padres a deshacerse de ella, porque así se sentía: una baratija inservible que se llevaba el buhonero.

Por la calle del Mercado apareció Teodora, prima de su madre, a la que apenas conocía. Ambas mujeres se saludaron con la frialdad de quienes hace muchos años que no se ven, pero están obligadas a ser corteses por su parentesco. La familia es siempre la familia.

—¿Esta es la niña? —preguntó Teodora, mirándola de arriba abajo con desgana.

—Sí, prima, esta es la Margarita. Ya tiene catorce años y estoy segura de que te será útil; es muy apañá, no come mucho y trabaja bien —explicó su madre mostrándola como si estuvieran en el mercado de ganado.

«Lo único que me faltaba es que me mirara los dientes», pensó la niña resignada. Acababa de comprender que su madre la había vendido, Madrid era su destino y Teodora sería en adelante su dueña. La prima Teodora la tomó del brazo y, ante su resistencia a caminar, exclamó: «¡Vamos, niña, que no te vas a la guerra!». La mujer miró a su prima Pepa con incredulidad, moviendo la cabeza

con incomprensión ante la testarudez de la niña, como el que se acaba de dar cuenta de que, una vez el dinero está en manos del vendedor, la mercancía se deshace en pedazos, al mejor estilo del tente mientras cobro.

Teodora empujó a Margarita al interior del vehículo, la sentó con brusquedad en un asiento junto a la ventanilla y se acomodó a su lado. Al otro lado del cristal, la señora Pepa cruzaba los brazos frente al pecho y se convencía de que era lo mejor para todos. Margarita ya era casi una mujer hecha y derecha, debía buscar otro hogar, algún día tendría que buscar un marido y casarse, formar su propia familia... Sus padres ya habían hecho cuanto debían por ella. No derramó ni una sola lágrima; ya derramó Margarita suficientes por las dos.

Teodora era prima carnal de su madre, pero hacía muchos años que se había marchado a Madrid, por lo que para ella era una completa extraña, tanto como le pareció entonces aquella mujer que se había quedado al otro lado del cristal y que ni siquiera esperó a que desapareciera el autobús para echarse a andar hacia su casa.

Madrid la esperaba y solo pudo preguntarse con rabia cuánto tiempo llevaría su madre pergeñando aquel trato con su prima sin que ella, inocente e ignorante, se hubiera dado cuenta de lo que ambas tramaban.

Teodora era una mujer seca, de carácter recio y maneras exigentes a la que no le gustaba que le chistaran ni que le dijeran una palabra más alta que la otra. Vestía completamente de negro y llevaba el pelo recogido al estilo de la época con un puñado de horquillas que ya sostenían más canas que cabellos castaños. Miraba a la niña por el rabillo del ojo, dudando de si realmente aquella chiquilla esmirriada, de aspecto miserable y vestida con harapos, le sería útil en Madrid. No quería tener que llevársela de vuelta a su madre. Había regresado a sus orígenes para arreglar el tema de una herencia; una vez solucionados aquellos asuntos, si podía evitar tener que volver al pueblo, mejor. La miró a la cara e intuyó que Margarita, además de contener el llanto, también estaba tratando de evitar su mirada. La niña parecía testaruda, algo se cocía en aquella cabeza. Por un

instante se vio a sí misma en sus primeros días en Madrid, muerta de hambre y de frío, cargando agua con un cántaro más grande que ella misma, con los pies más desnudos que calzados en sus descompuertas alpargatas. Recordó aquellas ganas de llorar que le apretaban la garganta amenazando con ahogarla, y dejó de mirar a Margarita. La chica parecía de carácter fuerte, al fin y al cabo. Quizás tuvieran bastante en común esos dos seres de vidas tan similares.

Después de aquellos días de penurias, la suerte había llevado a Teodora a servir en una casa «de bien». Era el año 1918, tenía doce años, apenas dos menos que aquella mocosa, pero ella ya se había asegurado el futuro con rabia, desesperación y tenacidad enfermizas. Pasó su juventud sirviendo en casa de don Fulgencio Aguilar, conocido financiero y político que solía espantar a medio Madrid cuando sacaba su Hispano-Suiza de su palacete, pues parecía como si cada vez que tomaba el firme del Paseo de la Castellana quisiera recordar sus hazañas «velocísticas» en la subida al Monte Igueldo diez años antes.

En aquellos días, la pequeña Teo aprendió que el pueblo había quedado atrás, ya nadie la esperaba. Un Domingo de Ramos, la niña Elvira Aguilar decidió que sus zapatos de charol eran una burla hacia su buen gusto y los arrojó por la ventana en un arrebato pueril. Bernardina, una de las cocineras de la casa, los recogió y, sin dudarlo, viendo el minúsculo pie que los podría calzar, se los regaló a *la* Teo que, por primera vez en su vida tuvo unos zapatos y tamborileaba con ellos las aceras como si fuera una bailarina, maravillada por su sonido como de pasos de princesa, al golpear el suelo.

Ya hacía muchos años que había dejado de ser *la* Teo y todos la llamaban doña Teodora, regentaba una casa de huéspedes en la calle del Pez y se había ganado aquel giro a base de amarguras y desvelos.

Cuando Margarita puso el primer pie en tierra en la ciudad, tras el viaje en autobús y las largas horas de tren, caía la tarde y su llanto amenazaba con evaporarse para siempre. No sabía si le quedaban lágrimas después del largo viaje bajo la dura mirada de Teodora, su nueva dueña y, por tanto, poseedora por completo de su destino. Con el poco peso de su mísera maleta en la mano derecha, quería odiar a su madre y a su padre, pero no podía. Solo pensaba en su hermano Antoñito, cuya última imagen había sido un instante improvisado la noche anterior frente a la lumbre mientras hablaban, cuando ella no sabía que sería la última vez que lo vería. Si tan solo lo hubiera sabido, le hubiera podido dar un abrazo y despedirse de él, se lamentaba. ¿Qué sucedería cuando Antoñito comprobara que la niña no estaba en casa y no iba a volver?

Unos pasos por delante de la fachada principal de la estación de tren, doña Teodora —no había nacido aún quien la viera pagar un taxi de su bolsillo— tendía sus bultos a un rudo carretero que, mientras lanzaba uno por uno los cachivaches al carro, le regateaba a la mujer el precio del viaje hasta la calle del Pez. Y así fue cómo Margarita, al ritmo del traqueteo de un viejo carro, abrazada a su maleta y pensando en su hermano, llegó a la casa de huéspedes donde cumpliría condena.

El edificio de cuatro plantas donde reinaba a sus anchas doña Teodora, desde que enviudara de don Ramiro Tardón, hacía años que estaba que se caía de viejo. Aquella casona que vio los amañeceres del siglo como palacete familiar, ahora en su vejez, era tan solo un alma partida en cuartos que se alquilaban a «gentes decentes» pero de escasa alcurnia. Sus moradores traspasaban cada día la

puerta coronada por un blasón de piedra, casi borrado por cientos de vientos y lluvias, al que ya nadie recordaba ni nadie presentaba sus respetos.

Don Ramiro Tardón, hombre de pequeña fortuna, pero fortuna al fin y al cabo, poseía alma para las artes y bolsillo para los placeres. A pesar de ser viudo con dos hijos cuando se casó con *la Teo*, siempre fue un hombre poco dado a las seriedades; la guerra fue la única que pudo con su humor; le desecó el corazón, extrajo hasta la última gota de vida de su alma arrebatándole a sus dos hijos mayores, Ramiro y Esteban, uno por las armas, otro de mano de la neumonía, y no llegó a ver su fin, como bien recuerda su lápida en el Cementerio del Este desde aquel frío 2 de enero de 1939. La posguerra hizo todo lo demás con su familia y fortuna.

Doña Teodora era de otra materia prima. El sentimentalismo estaba de sobra, el amor era algo desconocido y, por seguro, inútil en aquel mundo destruido. No se permitió ni una minúscula duda el día que conoció a don Ramiro Tardón, un domingo por la tarde, vestida de primavera, disimulando los remiendos en las medias y las grietas de las manos, mientras miraba con envidia a las jóvenes de buena familia que paseaban por el Retiro.

Si don Ramiro intuyó su miseria, nunca se lo dijo. Quizás por su generosidad propia de un poeta, quizás en busca de una figura materna que darle a sus hijos o una mano femenina que atendiera su casa venida a menos, tomó gusto en pasear con ella, hacerle regalos siempre dentro de los límites de la decencia y en unos meses se casaron, «como Dios manda» en la iglesia de Nuestra Señora del Carmen, momento que quedó por siempre inmortalizado en una fotografía tomada en la Puerta del Sol y que don Ramiro se llevó a la tumba junto con sus mejores ropas de paseo.

Si él se enamoró de su niñez desvalida, ella ni siquiera llegó a amarle. El hambre y la miseria, y cierto carácter práctico, hicieron que se enhebrara del brazo de aquel viudo de risa despreocupada para nunca más volver a separarse de él. Jamás dijo que sí a un negocio de mejor gana que aquel domingo de septiembre de 1923, frente al altar, con su amiga Purita pasmada por la suerte que le

había caído del cielo a la Teo con solo diecisiete años, a pesar de que el novio llevara con él dos niños y la foto enmarcada de su difunta en el bolsillo de la chaqueta.

En la gran casa de la calle del Pez, junto a doña Teodora, o bajo su estricto mandato, vivían, además de los huéspedes —fijos y temporales—, su hijo, Tobías; Tina, muchacha un poco mayor que Margarita, que atendía las labores de limpieza, y Maruja, mujer oronda y agria que se encargaba de la cocina mientras acababa con las reservas de todo cuanto tuviera más grados de alcohol que el agua del grifo.

Una vez hubo despedido al carretero entre protestas por el precio de sus servicios, doña Teodora se plantó con los bártulos bajo el blasón y, llamando a voces a Tina para que entrara todo para adentro, volvió a caer en la cuenta de que traía consigo a la niña, y dudó del trato con su prima Pepa. Margarita seguía paralizada en la acera, mirando aquel edificio de balconadas tristes y lastimosas, como si el portón que años antes acogía carruajes ahora fuera a engullirla como lo haría una bestia hambrienta.

La casa donde Ramiro Tardón nació y vivió su despreocupada juventud se abría a la ciudad a través de un zaguán y, a ambos lados del portón, un par de serpientes de hierro enroscadas parecían sostener el dintel de, en algún tiempo, rugoso granito.

—¿Quieres entrar de una maldita vez, niña? —espetó doña Teodora impaciente accediendo al zaguán—. *La* Tina te dirá cuál es tu cuarto.

En el interior, a la derecha, se abría una gran puerta sobre tres escalones de mármol, que daba acceso a la casa. Al otro lado del umbral, dispuesta a cargar con las cosas de doña Teodora apareció una joven esmirriada, blanca como un ánima, con el pelo pajizo y los ojos de un verde silvestre.

—Tina, lleva a Margarita a tu cuarto —ordenó la mujer con un gesto entre el fastidio y la repugnancia—, dale unos zapatos, no la quiero ver con esas alpargatas, mejor las quemas. Dale también algo de ropa que buena falta le hace, no quiero que nadie vea en mi casa

a una pordiosera, y también un guardapolvos para que se vea claramente quién es. Eso sí, os bajáis rapidito al comedor para las cenas, no te entretengas que te conozco.

Valentina, que aquel año cumpliría diecisiete años, era aún lo suficientemente inocente e ilusa como para vivir con una sonrisa dibujada en los labios después de haber tenido que pasar por el trance de ir, junto con su abuela, a recoger los efectos personales de su madre, muerta en prisión, cuando ella era una niña inquieta de tan solo once años, y aún ahora recibía miradas de reprobación también por ser hija de padre fusilado nada más acabar la guerra por traición a la patria.

Solía soñar despierta y no había regañina de doña Teodora que lograra empañar su carácter. Disfrutaba merodeando a deshoras por la casa, en silencio, aterrando a los nuevos huéspedes que confundían la blancura de su piel con la imagen de la muerte, y volvía a su cuarto tronchándose de la risa mientras el nuevo inquilino se santiaguaba sin poder atinar con la llave en la cerradura de su habitación. No era extraño que algún huésped al verla a la luz del día protestara al reconocerla y doña Teodora le diera una sonora bofetada frente al ofendido inquilino; aunque también los había que se reían por lo bajo de las cosas de Tina y hacían de sus travesuras motivo para compartir unos chatos entre risas. Para Tina aquellos golpes no eran obstáculo para sus bromas; a pesar de que su hijo Tobías le pedía que no la pegara, doña Teodora seguía empecinada en coartar el comportamiento de la chica, aunque sabía que todo esfuerzo era en vano. Doña Teodora no estaba dispuesta a que nadie la tomara a broma y, para escarmiento de cualquier valiente, sofocaba, pegando a la muchacha, cualquier conato de rebelión, queja, protesta o sugerencia.

Con una fuerza inesperada para semejante pajarillo, Tina cargó con todo y, trastabillando, llevó las cosas al interior de la alcoba de doña Teodora, en la primera planta, y a Margarita al cuarto bajo la cubierta que, de ahora en adelante, compartirían.

—Vamos a ser como hermanas —sentenció Tina entusiasmada.

Margarita, que aún no había abierto la boca desde que saliera de su pueblo, acomodaba sus cosas en los cajones de una cómoda

desvencijada y la miraba de reojo. Tanto entusiasmo la desconcertaba. ¿Cómo podría ser feliz en aquel lugar? Supuso entonces que su felicidad no había estado en ningún momento en los planes de su madre, ni había formado parte del trato con la prima Teodora.

—Yo siempre he querido tener una hermana —prosiguió Tina sin preocuparse de si Margarita la escuchaba o no.

La niña quiso decirle que ella ya tenía un hermano al que quería mucho y ya echaba de menos desesperadamente, pero solo pudo tragar una bola de amargura y fingir media sonrisa. Tina miró al cajón donde la niña había colocado sus cosas; estaba perfectamente ordenado y prácticamente tan vacío como antes de la llegada de su nueva dueña y, con un guiño, aventuró un presagio:

—No te preocupes, pronto haremos que se llene —explicó revolviendo en un arcón—. De momento, ponte esto y vamos al comedor o doña Teodora nos muele.

Unos pequeños zapatos, con la forma adquirida de varias formas de pies diferentes, pero afortunadamente sin ningún agujero; un vestido que le llegaba prácticamente a los tobillos; un pañuelo para taparse el pelo y un guardapolvos de un gris azulado componían su nuevo atuendo, las dádivas con las que la recibía Madrid.

La bombilla desnuda, que pendía como un ahorcado entre las vigas metódicamente talladas por las diestras termitas, se apagó con un chispazo de protesta que tiñó de verde un círculo delante de los ojos de Margarita mientras bajaba hacia el comedor.

La vieja escalera se enroscaba varias vueltas sobre sí misma mientras se lamentaba bajo los pasos de las dos chicas que bajaban los escalones; Tina, de dos en dos, con el entusiasmo del que no espera que haya un mañana; Margarita, de uno en uno, lentamente, como el reo que camina hacia el paredón. El pasamanos, que alguna vez fue de brillante madera labrada, se deslizaba áspero bajo sus dedos. Ambos habían conocido tiempos mejores; tiempos lejanos impregnados de elegancia para el uno y tiempos con aroma de infancia para la otra. La vida pasaba, pronto sería adulta y algún día toda ella tendría la misma pátina que aquel pasamanos. Sin duda aquel día llegaría, pensó. El camino sería largo, jalonado

de sinsabores en aquella improvisada condena sin delito; sería una vida gris envuelta en un castigo sin mala acción previa; sería solitaria en aquel abandono sin traición premeditada. Aquellos días eran el inicio de su otra vida y, a pesar de verse encerrada entre aquellos muros, el horizonte le parecía tan desmesurado que le entró vértigo. Madrid era un mundo demasiado grande para su pequeña existencia.

Al pie de la escalera, Tina la esperaba con impaciencia. En la puerta que daba al zaguán, dos hombres añosos, o al menos maltratados por el tiempo —más bien los malos tiempos—, fumaban y charlaban ajenos a su presencia. Por sus aspavientos la niña intuyó que casi seguramente estarían hablando de política o de fútbol, y recordó a su propio padre algunas tardes sentado en la taberna, en lo que empezaba siendo una partida de dominó y continuaba con un intercambio de opiniones variopintas y enfrentadas, que a menudo degeneraban en insultos y andayás. La mayoría de las veces, su padre hablaba de fútbol, ya que de política apenas se podía hablar sin que tarde o temprano alguien viniera a hacerte una visita a casa para pedirte explicaciones que, con suerte, se quedaban en unos dientes rotos, una huerta asolada o una cuadra quemada.

No sabía si en la ciudad era distinto, si allí se podía hablar de algo que no fuera fútbol; ante el ardor y vehemencia de los hombres, entendió que la vida en realidad no era tan distinta en un lugar y en otro, pues concluyó que hablaban de toros, cuando uno recordaba los viejos tiempos de Frascuelo y el Lagartijo, y su compañero alababa a Manolete por su toreo «de frente y citando de perfil».

Allí plantada, comprendió que su madre no volvería a pedirle que fuera a buscar a su padre para cenar. Nunca más lo encontraría en la taberna de la plaza entre dobles, blancas y pitos. Una tristeza tan profunda como un pozo se le agarró por dentro, una tristeza tan honda que casi le resquebrajó el corazón dentro del pecho. Podría ponerse a llorar allí mismo, a patalear, a rebelarse contra todo cuanto no se había rebelado antes de subir al autobús, pero el brazo impetuoso de Tina la arrastró escalones abajo hacia el comedor.

—¡Vaaamos! —protestó Tina—. Que tenemos faena.

Doña Teodora parecía una mujer con mucho olfato para los negocios; la clase de persona que busca la manera de sobrevivir contra viento y marea. La guerra había pasado, se había acabado, y ella seguía en pie. La viudedad solo había sido un escollo más. No contenta con arrendar por habitaciones el añejo palacete familiar, convirtió el gran salón de la planta baja en una casa de comidas, donde cada día los huéspedes, lo más granado del barrio y algún que otro despistado que pasaba por la zona se deleitaban con la «esmerada» cocina de Maruja.

En los desayunos, las comidas y las cenas, aquel comedor familiar se transformaba en el cuartel general de comerciantes, tratantes, obreros del Metro, gentes de profesión dudosa, aficionados a las noches inconfesables. Gentes, en definitiva, de esas que vienen y van, que nunca viven mucho tiempo en un mismo lugar; especímenes de múltiples y variopintas raleas, pero que, con sus dineros, vinieran de donde vinieran, mantenían en una posición aceptable el bolsillo de la patrona. Eran tiempos malos, peores seguramente no los podía haber. La guerra, que había acabado pero seguía presente en cada rincón de la ciudad, hacía que el hambre, la miseria, el silencio y la sospecha se posaran en la boca del estómago, para que madrileños y foráneos, día a día, tragarán con dificultad la realidad.

De la mano de Tina, Margarita contuvo un tirabuzón en su estómago y entró en una sala cuadrada, de unos seis metros de lado, donde se agolpaban doce mesas destartadas que disimulaban sus achaques bajo manteles de retales desconjuntados. Una vajilla desportillada indicaba que pronto varias decenas de clientes compartirían la cena en aquel comedor. En un lateral, un mostrador comprado de tercera o cuarta mano al dueño de una taberna de la Cava Baja que había puesto en sus cristaleras el cartel de «Cese de negocio» para sustituir con disimulo el de «No pasarán» que, en altiva semejanza al que se erguía frente al arco de la calle Toledo, lució con orgullo durante la contienda, y que acabó entre lenguas de fuego en la vieja cocina el 28 de marzo de 1939 cuando las tropas franquistas tornaron el color de Madrid.

Tras aquel mostrador, que había sido testigo de entusiasmos y corajes finalmente silenciados, había una estantería con las baldas heridas por las puntas que sujetaban los amarillentos adornos de gan-chillo que le daban al local un «toque familiar», en palabras de doña Teodora; en las baldas, vasos, jarras para el agua, botellas de vino, y, en parada militar, la loza que sobrevivía de la época en la que aquel lugar acogía cenas familiares —de las familiares de verdad—, veladas de verano y música de gramófono. Su misión era darle categoría al establecimiento, pues realmente nunca se usaba para el servicio de las mesas. «La vajilla buena, ni tocarla —había ordenado Teodora—. Vale más que tú y Maruja juntas. Si se te rompe limpiándola, te juro que te corto las manos», amenazó a Tina en su primer día de servicio.

A un lado de la estantería se abría un hueco huérfano de puerta y al otro, un improvisado ventanuco, horadado en la pared con escaso cuidado de la línea recta y poco gusto por la geometría. Detrás del hueco infame, Maruja y su cocina bullían en un ir y venir aderezado con algo de caos.

Tina le indicó a Margarita que pasara a la cocina para hacer cuanto le dijera Maruja y la niña obedeció sin rechistar. Al otro lado del dintel, la mujer se afanaba por darle el último retoque al guiso que en pocos minutos atormentaría los estómagos de su poco exigente clientela. Mientras el menú fuera barato, el vino no estuviera demasiado picado, los mendrugos de pan, no demasiado duros y en el caldo flotaran de vez en cuando algo más que burdas patatas, la mayoría de los clientes no ponían pegas. Y el que las ponía, ya sabía dónde estaba la puerta.

Maruja, con el rostro colorado y cubierta de sudor, con el cucharón en ristre, consolaba su sed, que no el calor de la cocina de carbón, con un vaso de vino peleón. Cuando vio a la niña Margarita no hizo sino bufar y mover la cabeza con una negativa en la que no tenía cabida el disimulo.

—Éramos pocos y parió la burra —sentenció—. Esto no *pué* salir bien.

Margarita se agarró las manos tras la espalda en muestra de sumisión. ¿Qué más podía hacer? Estaba muerta de hambre; el pan

y el tocino que había tomado en el viaje hacía horas que se le habían bajado a los pies. Quizás entre tarea y tarea consiguiera llevarse algo a la boca, pues no se atrevía siquiera a pedir un bocado.

—Ya tengo suficiente con aguantar las tonterías de *la Tina* — dijo Maruja blandiendo su cucharón—. Esa *buenaparanada* ya me tiene harta, así que tú será mejor que no me des problemas y hagas lo que te digo, o le diré a Teodora que os largue a las dos de aquí.

Margarita solo pudo afirmar tímidamente con la cabeza. Aún no había abierto la boca desde que saliera de su casa, y aquel no parecía el mejor momento para romper aquella racha de silencio.

—¿Eres muda o qué te pasa?

—No... —musitó.

—Pues más te valiera. Tú, aquí, ver, oír y callar. Vete al patio y te traes un cubo de carbón. Cuando acabes, te vienes a servir platos según los pida *la Tina*. Ella te dirá lo que necesita por la ventana y tú lo llevas al mostrador. Ella lo llevará a las mesas. Según vuelvan los platos te pones en la pila a lavarlos. El vino, los vasos y los cubiertos están debajo del mostrador. Cuando acabes de fregar los platos, recoges la basura y la sacas al patio. Cuando acabes, limpias la cocina, y ¡*cuidao* de no quemarte!; después me limpias bien el suelo y mañana será otro día. Lo quiero todo como la patena *pa* los desayunos. Se lo he dicho *cienes* de veces a Teodora, y primero me trae a *la Tina* y ahora esto.

Maruja relataba sus penas y protestas como si la niña no estuviera allí, como si pudiera llegarle toda su rabia a doña Teodora por medio de alguna clase de telepatía.

—Yo cocino y punto. ¡No soy una fregona y mucho menos una niñera! —refunfuñó entre trago y trago de vino—. Me va a oír, te digo que Teodora me va a oír, *¡juraao!*

Como no sabía qué sería peor, si marcharse a cumplir sus tareas y dejar a Maruja con la palabra en la boca, o quedarse allí y aguantar el chaparrón de quejas, Margarita optó por quedarse quieta y asentir con la cabeza, como si le diera la razón a un loco, sin embargo, debió de elegir la opción equivocada pues la mujer se puso echa un basilisco.

—¿Quieres ir a lo que te he dicho de una vez? ¡No te quedes ahí como un pasmarote, leñe!

Margarita salió disparada hacia el comedor, donde Tina se entretenía calzando una mesa desvencijada con una cuña de madera.

—¿Cómo se llega al patio? —alcanzó a preguntar Margarita con la voz áspera y tímida de quien lleva horas ahogándose en el silencio.

Tina, pasmada por oír por fin su voz, sonrió e indicó, acompañada de toda clase de gestos ilustrativos, que al patio se accedía por una puerta detrás de la escalera, al fondo del recibidor. Con una sonrisa, aderezó la explicación y urgió a la niña a seguir sus indicaciones para no enfadar a Maruja más de lo que ya parecía estar aquella noche.